

NOVO CASANOVA: FÓSFORO BLANCO*

Juan M. Molina Damiani

Escribo para mis cajones, / atestados de polvo / y de papeles, / para los féretros en llamas / que transitan crujiendo por las calles / esparciendo ceniza en el olvido.

Manuel Lombardo

la lírica ya no guarda tales miramientos, y el contemplador o el crítico se ve obligado por lo tanto a recurrir heurísticamente a la realidad como término de comparación, ya que solo así podrá apreciar hasta qué punto esta realidad ha sido destruida, así como con cuánta violencia se ha roto con el antiguo estilo metafórico.

Hugo Friedrich

La mañana es dolor y la noche es engaño, / cueva sin fin, atajo para los cobardes.

Pedro Luis Casanova

Regresa a escena Pedro Luis Casanova (Jaén, 1978): publica *Fósforo blanco* [Sevilla, La isla de Siltolá, prólogo de Juan Carlos Mestre, 76 pp.], el tercero de sus libros éditos, tras *La anatomía del eco* [1999] y *Café* [2001]. Artista que ahora completa su leyenda de poeta precoz con la de autor retirado que vuelve, ha de saberse, con todo, que *Fósforo blanco* ha estado diez años buscando editor fuera de Jaén, desde 2006, cuando Casanova consigue entonces dejarlo definitivamente a punto. Nuevo Casanova: viene a abrir este poemario no solo otro ahondamiento dentro de su obra —*Café* «cierra una forma de entender la poesía», lo advertía

* Articula este apunte las notas que Molina Damiani leyó en sendas presentaciones de *Fósforo blanco*, ambas en presencia de Pedro Luis Casanova: la de Jaén, acto organizado por el Centro Andaluz de las Letras, el 26-XI-2015, en el que también estaba anunciado José Román; y la de Madrid, en la «Librería Enlaces», adonde también intervendrían, el 12-XII-2015, la profesora Rubio Gámez y el artista Juan Carlos Mestre.

el poeta en su momento [2003]—, sino también, lo cual es radicalmente decisivo, dentro de la lírica española del nuevo siglo, privada durante la última década, de la voz de este Pedro Luis Casanova maduro, sobrado, heredero de esa tradición que fueron ensanchando José Hierro, Claudio Rodríguez y Diego Jesús Jiménez. Dejando ahora al margen lo que decía San Juan de la Cruz acerca de las propiedades del pájaro solitario [1584: 631-632], lo cierto es que Casanova parte de la base de que poesía es ‘vida’ realizada por el ‘lenguaje’, por lo que el poema resultará fraudulento cuando no se constituya como un escenario textual realmente vivo. Explorando en la poesía ‘vida’ de la mano de la poesía ‘lenguaje’ se produce tal abrasión recíproca entre una y otra, tal dialéctica, que si el lenguaje se pone a salvo de la retórica, la vida estará más atenta para ser conciencia anticipada en la poesía escrita. En efecto: al vivir en el lenguaje, al excavar en lo real de la vida con el lenguaje poético, Casanova acaba reconociendo su poesía como el sitio en el que su conciencia anticipa su vida verdadera, creándola, haciéndola escritura performativa. De aquí la oscuridad de esta poesía —poesía ‘vida’: la de Pedro Luis Casanova bastante dura, por cierto; y poesía ‘lenguaje’: en nuestro autor, desguzado y confuso porque su vocación de ser realista lo lleva a hacerla compatible con la irracionalidad de su deseo, *i. e.*: seguir viviendo sin perder del todo la memoria de aquello que se olvida. Sí: explorando en la vida, esa herida del desorden adonde aún resiste la poesía, la conciencia de *Fósforo blanco* es fruto de un vitalismo poético nada literario sino germánico, superromántico, cervantino, recíproco: el de quien escribe la vida viviéndola en la escritura y vive la escritura escribiéndola en la vida. Un relato confidencial de vida iluminado por la escritura.

Partiendo de un constructo fundado por los poetas neorrealistas, por la concepción de la poesía como instrumento de conocimiento, Pedro Luis Casanova fue adentrándose desde muy joven por otros territorios menos analíticos, más analógicos, de tal suerte que lo haría profundizando en las lecciones de los maestros del irracionalismo mencionados, en la tradición del realista iluminado, del poeta vidente. De aquí que *Fósforo blanco* acometa la construcción poética de la identidad de su autor operando con la memoria, que no con el recuerdo, en sintonía con una de las citas del poemario, la de Luis Rosales, ya que cuando se anda con la vida no es posible recordarla. La conciencia que nuestro poeta va conformando a lo largo del libro resulta de un empastado de sueños, estados de duermevela y fogonazos de memoria involuntaria, visiones tanto de los olvidos que su pretérito le devuelve intactos a su presente, cuanto de sus deseos pasados y futuros, esos a los que nadie puede renunciar. Pérdidas

recuperadas e insatisfacciones permanentes que llevan a Casanova a arqueologizar sin melancolía del pretérito pero nostálgico siempre de otro futuro, de manera imprevista, aquello que su presente dialécticamente le depara pero que no se deja conocer porque aún está sucediendo, porque todavía no es del todo la ruina existencial que todos tenemos delante aunque no queramos ser capaces de verla. Sí: crónica zarandeada de su vida hecha de mundo, nuestro mundo tan falto de vida, se conforma *Fósforo blanco* como una cartografía de nuestro presente sin más atributos que su adicción a recordar el pasado como algo concluso y prever el futuro sin el narcótico visionario del deseo. Un presente que Pedro Luis Casanova, tan desolado como descarnado, al límite de sus viejas creencias atestadas de remordimientos, somete a un balance de cuentas preferentemente personal a lo largo de «Cuerpo raso», la segunda parte del libro, con nueve poemas, intento de reconstruir la identidad del yo mediante el amor —algo *fou*, por cierto, no se olvide. ¿Resultado?: una confidencia donde inocencia y culpabilidad reúnen los fragmentos de una porcelana rota: la de su lenguaje hecho añicos, pantalla de un plasma, el de la conciencia, adonde se proyectan imágenes herméticas de visiones misteriosas, tal vez, como diría Baudelaire [1868: 67], para «matar el tiempo que tiene vida tan dura, y acelerar la vida, que va tan despacio».

De la mano de tres de sus maestros del 27 —Salinas, Lorca y Cernuda— ya acometía Casanova con *Café* [2001] un acercamiento a su identidad, entonces ya educadamente rebelde pero también con algo de maldita: «Yo, / a mis veintitrés años, / verso que a media luz desnuda / un corazón en obras, / me declaro insurrecto, culpable y pecador, / sí, pecador de hoguera, / por no saberme la lección / que se enseña en la escuela de los bosques». Investigación identitaria que *Fósforo blanco* continúa, si bien desde una dimensión más íntima y extrema todavía, acentuando el denominador común de la ingenuidad, bosque primitivo del libro, al tanto el poeta de la advertencia de Adorno [1970: 351]: «Ingenuidad frente al arte es fermento de ofuscación, pero quien se halla perfectamente libre de semejante fermento queda muy limitado, poseído como está por lo que necesariamente se le impone». Ingenuidad decisiva, sí, para los acabados textuales de *Fósforo blanco*, producidos por una cosmovisión sin conciencia previa de los resultados que alcanza, de a qué acabará exactamente refiriéndose, si a algo, por ejemplo, sin suceder del todo todavía. Resoluciones, en efecto, que si empiezan a cobrar encarnadura a partir de un primer momento de producción en el que Casanova se limita a copiar las visiones irracionales a las que tiene acceso involuntario su yo empírico, acto seguido, sin solución de continuidad, durante el segundo

momento del proceso, se irán definitivamente empastando de acuerdo con las correspondencias analógicas que la razón poética les imponga a las iluminaciones iniciales. Así, partiendo de visiones imprevistas que el yo lírico ecualiza mediante imágenes musicales de raigambre simbólica, las que vaya fundando la contigüidad de la trama textual, deja simultáneamente construido *Fósforo blanco* su vaticinio cosmofánico, su creación reveladora, tan irracional y sensible, emocional, como racional e iconoclasta, experiencial, dado que nuestro autor siempre ha concebido el poema como algo que será, distraído de buscar semejanzas con la razón de lo ya existente, desertor de ese progreso comisariado por las corporaciones de la barbarie: «Por eso ya no escuchas nada // Sólo la enorme panza del lagarto, sus ronquidos» [2015: 72].

Es evidente la dificultad que *Fósforo blanco* encierra para dejarse interpretar. El misterio oscuro al que remiten sus poemas, complejos donde los haya, lo acentúa la certeza de que cualquier materia interpretable estará expuesta durante el análisis al que sea sometida a toda clase de alteraciones en su orden interno. Como Pedro Luis Casanova [2006a] ya dejó advertido en su epílogo a la reedición de *Fiesta en la oscuridad* (1976) de Diego Jesús Jiménez, el «Principio de incertidumbre» de Heisenberg [1927] también afecta a la materia y a la forma del lenguaje vital de la poesía, nunca estático, siempre dinámico, en constante proceso de mutación inacabable. La hermenéutica de *Fósforo blanco* es complicada, sin duda: si su escritura empieza a cobrar cuerpo a lo largo de un momento de confusión, el que se le abre a nuestro autor tras la publicación de *Café* —«ahora mismo me siento en un estado de oscuridad y el lenguaje que se ofrece para descifrarla empieza a ser muy caprichoso», le decía el poeta [2003] a Marco Rodríguez-Piñero—, la resolución definitiva del poemario la iría poco a poco encarnando el informalismo genuino de Casanova, un realismo otro, imaginista, sin formalismos retóricos ni temáticos, como reclamaba José Ángel Valente [1961]. Aunque la poesía ha de ser sentida antes que comprendida, el hermetismo de *Fósforo blanco* obedece a que su realismo imita tanto el de la realidad, cuya ideología difracta mediante imágenes, cuanto el de lo real, que se va haciendo visible, creando, a partir de visiones epifánicas de la vida. Al margen de los naturalismos tardocapitalistas —Manuel Rico ha escrito sobre el particular [2016]—, no perdamos de vista el nuevo realismo de nuestro poeta: nada líquido, peina los epicentros emocionales de esas experiencias que aún no han sido burocratizadas por su carácter periférico, marginal o imperfecto, quiero decir: por memorizar olvidos o deseos que no se prestan a ser nombrados. En consecuencia, va a procurarnos esta investigación

creativa revelaciones del porvenir, por lo que su empeño de ir más allá de lo palpable o aparente a primera vista, de dar con lo aún inexpressado, con lo que parecía haber enmudecido para existir realmente, acentuará su oscuridad, nunca buscada sino impuesta, que termina incendiándose, encendiéndose. Escapando de las comparsas del són de lo obvio, la modernidad de Casanova deriva de que su música ilumina lo oscuro, la realidad falaz y lo real de nuestra conciencia, presas ambas de la escisión de la razón robótica vigente. Con todo, menos hermético se presentará *Fósforo blanco* a quienes lo lean desde sus «Aguas madres», su tercera parte, la que lo cierra, hermenéutica a modo de coda, brújula poundiana, taller del afinador de la hormigonera o manual de «Alquimia» poética. Viejo raudal, en suma, que define el canto como residuo de la vida tras la derrota o la desertión, como territorio de la justicia de la memoria: «violencia de escombros cuyo canto / desfila ante la hoguera del sueño, vida / que arranca su velcro y nos enseña el lugar donde moja / su pluma la justicia» [2015: 67-68].

Metastasiada de subjetividad, la objetividad calidoscópica de Pedro Luis Casanova la encarnan un hipérbaton de raigambre gongorina, infinidad de inacabamientos expresionistas, soluciones deícticas con las tres personas del verbo, encabalgamientos y versos escalonados de atrevida factura: pasta toda, en resumen, puesta de manera simultánea, feísta a veces, de una belleza convulsa y *fove* —no son casuales los homenajes a Gutiérrez Solana y Carmelo Palomino. Confesión expresionista sobre su identidad, no es extraño, así, que Pedro Luis Casanova opere impúdica-mente con un léxico de resonancias doctrinales que remite a culpas, remordimientos, terrores y a algo de resentimiento ante un catolicismo que lleva siglos siendo capitalista —lo que impone vincular a nuestro poeta con don Miguel de Unamuno y aquello suyo de que España era un país más católico que cristiano [1900/9]. Y todo ello empastado por la música, pilar no solo del momento constructivo, el visionario, sino también del imaginista, el de demolición, toda vez que lo que viene a ser *Fósforo blanco* es una crónica barroca del presente, una historia descarnada de su naturaleza, donde visión disonante e imagen consonante acaban siendo iluminadas por la conciencia dialéctica de la música —capital en la obra de Casanova, lo ha puesto de relieve Eduardo Moga [2015]. Siguiendo la estela de la modernidad fundada por Pedro Salinas —en *Café* mucho más presente, por supuesto, sí, pero también dejándose notar en el compás respiratorio de muchos versos de *Fósforo blanco*—, en este último libro encuentra definitivamente el poeta su voz, magnetizada todavía con el 27 más necesario, el existencial. Tradición, ojo, que el pulso vocativo e

iconográfico de Casanova —ahí está, por ejemplo, el imperativo *ved*, tan de su gusto— nunca podría desaprovechar: *Fósforo blanco* arranca siempre del significante para llegar al significado, matriz que lo acercaría al surrealismo si no fuera porque una pulsación nada automática enfoca a conciencia los oscuros misterios que ilumina. Lógico, así, que Pedro Luis Casanova impugne o profane los significados enfermos de las palabras con su música épica, lírica resacralizada que acaba imponiendo su sentido: «Oh, mansedumbre horrorizada en el insomnio áximo de los cobaltos, / confiésame tu enfermedad. / Confiésame tus apellidos» [2015: 51].

El vanguardismo estético de *Fósforo blanco* es ético también. Sin estetizar la política —no presenta la libertad de su empeño como correlato falaz de la del mundo—, que la rehumanización política de la estética de Casanova no se haya acomodado a las resoluciones integradas de los realismos tardocapitalistas quizá pueda explicar que este libro haya sido tantos años ninguneado por los comisarios del parque de la poesía española reciente. Normal: sus poemas, especialmente los de su primera parte, «Puedo enseñar la dentadura» (nueve piezas también), participan la derrota de nuestra naturaleza a manos de una historia en la que las masas sociales apenas si somos figurantes de un éxodo. Sí: como otro Lorca herido por la crueldad de un territorio que tiene mucho de Jaén, bastante de Cuenca y algo de megalópolis feudal, Casanova cartografía a lo largo de *Fósforo blanco* la enfermedad emocional de ciudades sobradas de patrimonio pero faltas de humanidad, tierras de servidumbre cuya conciencia objetiva la desmemoria de sus habitantes, sujetos adictos a la violencia, siempre firmes ante las esvásticas que ondean en sus mástiles. Elegía a una ciudad donde el poeta diagnostica la demencia senil del capitalismo de nuestros días, parecida evaluación a la de *Fósforo blanco* ya empezó a acometerla su autor en algunos de los poemas de sus dos libros anteriores, si bien entonces desde un neoexistencialismo naïf aunque también, a su manera, iconoclasta. Ahora, empero, a caballo de lo culto y lo popular, *Fósforo blanco* acomete por las claras la arqueología de nuestro neofeudalismo global, de su enajenación imperante, de tal suerte que nos pregunta de paso por la mitología del progreso, por la podredumbre donde legisladores y delincuentes se confunden tantas veces, por el fascismo sin fronteras que llama crisis a su estafa, que tiene a trabajadores, estudiantes y ancianos en su punto de mira, que acentúa el egotismo de parte de la clase explotada hasta hacerla comportarse como si fuese también explotadora. Al tanto de la lección humana de José Nieto (1939-2005), otro reo de una tierra de paso y bastardía, referente de culto y piedra angular del «Club de los poetas vagos» —con quienes Pedro Luis Casanova viajaría

hasta la isla de Capri para malear del todo su buena crianza poética (el dato no es anecdótico)—, quede claro que el culturalismo cosmopolita de esta obra se nutre de un casticismo radicalmente primitivo. Ahí están, por ejemplo, bucles de la cita de Saint-John Perse que abre el poemario, «En la Catedral de Jaén» o «Canción de Viernes Santo», «dos poemas centrales» de esta obra de Pedro Luis Casanova, poeta «duro y complejo», tal y como han destacado Santos Domínguez [2015] y Juan Sala [2015] respectivamente. O como demuestra de modo incontestable «España»: «Baja / la procesión del carnaval, sus sacerdotes y sus policías, / sus jueces y sus mercenarios / rifándose los vicios de la aurora» [2015: 21].

Si la Ilustración mitificó la Ciencia para sustituir los mitos que ya no le resultaban razonables, la poesía de Casanova pone en tela de juicio el discurso aparentemente científico que ordena la moralidad civil de nuestros días: su música anómala, desobediente y misteriosa expresa el estado del alma animal de nuestro autor ante el trágico contenido espiritual de nuestra época. Por lo dicho, aunque el título del poemario remita a esa arma química utilizada a partir de la Guerra de Vietnam, a ese agente abrasivo prohibido por la ONU, *Fósforo blanco* no viene a ser, por el contrario, sino un reactivo simbólico y dialéctico para la conciencia, ¿sometida por las palabras o que podría acabar sometiéndolas? —se pregunta Pedro Luis Casanova, incendiario y radical, enseñando sin pudor su dentadura, a lo largo de este «libro literalmente extraordinario», que nos «revela una voz imprescindible» de la poesía española viva, según ha destacado Juan Carlos Mestre en el apunte que prologa la obra. Sí: lenguaje azarosamente personal y socialmente objetivo el de Pedro Luis Casanova: su tenebrismo barroco construye la vida del poeta. Si el lector intenta comprenderlo, su significado se pixela; pero si se abandona a su música clarooscura, sus sentidos se iluminan. Incansables la investigación y la honestidad de *Fósforo blanco*, canto herético de un poeta épico con fuste de trovador —de *trouver*: ‘encontrar’— que consigue mostrarnos la aporía del artista contemporáneo: o vende su lenguaje o acaba arruinando su vida. Reparen, si no, en unos versos de la primera pieza del libro —«Abro los ojos, cierro la mirada: / todo lo que ante mí hace florecer su engaño / es también cárcel de mi vida»—, fragmento que si anafóricamente redondea la última secuencia de este poema, asimismo lo abría cambiando de lugar los verbos que rigen su primer endecasílabo en un quiasmo dialéctico de alto octanaje político. En sintonía, si no me equivoco, con las palabras de la tribu, con esa pintada procaz que podía leerse recientemente en un muro de un parque de Jaén: «O abrimos más los ojos o abrimos más el culo».

[A] De Pedro Luis Casanova

CASANOVA ARANDA, Pedro Luis [1999]: *La anatomía del eco*, Jaén, Ayuntamiento, prólogo de Francisco Javier Cano Expósito, 56 pp. «Premio 'El Olivo' Provincial 1997».

— [2001]: *Café*, Sevilla, Ayuntamiento, 2001, texto de solapas de Manuel María Morales Cuesta, 78 pp. «Premio Ángaro 2000».

— [2003]: «Investigación y honestidad son los factores a tener en cuenta» [entrevista de Marco Rodríguez-Piñero] en *Diario Ideal* 22-VI-2003, Jaén, p. 58.

CASANOVA [ARANDA], Pedro Luis [2006a]: «Palabras para *Fiesta en la oscuridad*» en Diego Jesús Jiménez: *Fiesta en la oscuridad* [1976], Madrid, Bartleby Editores, 2006, pp. 51-70.

— [2006b]: «Poética; dos poemas de *La anatomía del eco*; cuatro de *Café*; y otro más, inédito a esa fecha, pero luego excluido de *Fósforo blanco*: 'Maldito el poema verdadero...» en Rafael Alarcón Sierra (ed.): *Jaén, Cima de olvido*, Huelva, Diputación, 2006, pp. 79-87.

— [2007a]: «'Febrero, 1981', inédito entonces, de *Fósforo blanco*; y un poema de *Café*» en José Román Grima (ed.): *Antología de poetas andaluces de Jaén. Con la colaboración especial de 45 artistas plásticos jienenses*, Jaén, Liberman, 2007, pp. 78-82.

— [2007b]: «*Cierro los ojos, abro la mirada...*» en Enrique Barrero González (ed.): *Homenaje a la Fiesta Literaria de la Belleza andaluza celebrada en el Ateneo de Sevilla en 1923 [Antología de la poesía andaluza]*, Sevilla, Ateneo, 2007, p. 207.

— [2008]: «Poética; y un poema de *Fósforo Blanco*: 'El pintor Carmelo Palomino se dispone al lienzo'» en Raquel Rodríguez (ed.): *Poetas de Jaén. Antología de poesía seleccionada y prologada por...*, Jaén, Universidad, 2008, pp. 149-154.

— [2015]: *Fósforo blanco*, Sevilla, La isla de Siltolá, prólogo de Juan Carlos Mestre, 76 pp.

[B] Sobre Pedro Luis Casanova o citada

ADORNO, Theodor W. [1970]: *Teoría estética*, edición a cargo de Gretel Adorno y Rolf Tiedemann, traducción de Fernando Riaza, Madrid, Taurus, 1971, 479 pp.

BAUDELAIRE, Carlos [1868]: «Retratos de queridas» en *Pequeños poemas en prosa*, citado desde *Pequeños poemas en prosa. Críticas de arte*, traducción de Enrique Díez-Canedo y Manuel Granell, Madrid, Espasa Calpe, 1948, 1968³, 150 pp.

DOMÍNGUEZ, Santos [2015]: «Pedro Luis Casanova. *Fósforo blanco*» en <http://encuentrosconlasletras.blogspot.com.es/2015/09/pedro-luis-casanova-fosforo-blanco.html>

- FABRELLAS, Joaquín [2015]: «29 de noviembre. Poesía jiennense actual» en <http://lobelloylodificil.blogspot.com.es/2015/11/poesia-jiennense-actual.html>
- FRIEDRICH, Hugo [1956]: *Estructura de la lírica moderna. De Baudelaire a nuestros días*, traducción de Joan Petit, Barcelona, Seix Barral, 1961, 1974, 398 pp.
- GARCÍA-TERESA, Alberto [2015]: «Fósforo blanco» en *Culturamas. La revista de información cultural en Internet* en <http://www.culturamas.es/bloq/2015/12/05/fosforoblanco/>
- HEISENBERG, Werner [1927]: «Über den anschulichen Inhalt der quantentheoretischen Kinematik un Mechanik» [«Sobre el contenido ideológico de la cinemática y la mecánica cuántica teórica»] en *Zeitschrift für Physik [Diario de Física]* 43, Marz 1927, Copenhague, pp. 172-198; parcialmente en español en Eduardo Martín Ruiz Sosa: *Tesis doctoral. La Observación en la Palabra. La función de los experimentos imaginario en el desarrollo de la física cuántica 1927-1936*, Barcelona, Universidad Autónoma, 2012, 399 pp. Disponible en www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/96292/emrs1de1.pdf?...1
- LOMBARDO DURO, Manuel [2015]: *Escribo para mis cajones*, poema inédito, Jaén, por atención del autor.
- MOGA, Eduardo [2015]: «Sábado 3 de octubre de 2015. Fósforo blanco» en <http://eduardomoga.blogspot.com.es/2015/10/fosforo-blanco.html>
- RICO, Manuel [2016]: «Sobre Fósforo blanco, su último poemario. Entre las grietas y roturas de la realidad: Pedro Luis Casanova» en <http://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/grietas-y-roturas-realidad-pedro-luis-casanova/20160109094545124157.HTML>
- SALA, Juan [2015]: «Verano y otoño de novedades: un rico panorama. Poesía para todos en tiempos difíciles» en <http://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/poesia-todos-tiempos-dificiles/20151006103219120942.html>
- SAN JUAN DE LA CRUZ [1584]: *Cántico espiritual (B). Segunda redacción. Definitiva según el código de Jaén en S. J. de la C.: Obras completas*, edición crítica, notas y apéndices por Lucinio Ruano de la Iglesia, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1982, 1989¹², pp. 565-731.
- UNAMUNO, Miguel de [1900/9]: *13 cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías*, prólogo y glosas de Pedro Badanelli, Buenos Aires, La Mandrágora, 1962, 124 pp.
- VALENTE, José Ángel [1961]: «Tendencia y estilo» en *Las palabras de la tribu [1971]*, Barcelona, Tusquets, 1984, pp. 26-29.
- VALLADARES REGUERO, Aurelio [2008]: «Testimonios literarios sobre la Catedral de Jaén» en *Elucidario* 5, marzo 2008, Jaén, pp. 137-158.

JMMD

Jaén, San Antón 2016